

CODAZZI EN COLOMBIA

EDUARDO ACEVEDO LATORRE

Jefe de la Sección de Geografía Económica
del Banco de la República

El primer contacto del General Agustín Codazzi con tierras colombianas tuvo lugar hacia el año de 1818, cuando la flota que comandaba Aury y en donde él servía como oficial de artillería, llegó a las islas de San Andrés y Providencia con ánimo de preparar un gran ataque a las costas del Atlántico todavía en poder de los realistas. Mas la primera vez que el ilustre geógrafo pisó en el continente tierras de la Nueva Granada fue en el mes de octubre de 1819. Era el año decisivo de la Libertad y la batalla de Boyacá ya anunciaba las postimerías del dominio peninsular en América.

Este ilustre hombre de ciencia, de origen italiano y de una actividad desconcertante, era por aquella época, un valeroso teniente de artillería de la escuadra que mandaba el Almirante Aury y que en aguas del Atlántico luchaba por la independencia de Colombia.

Tan pronto como el jefe de la escuadra supo del triunfo de Bolívar en Boyacá, quiso comunicarse con el Libertador a fin de ofrecer su pequeña armada como base y comienzo de la que podría ser más tarde poderosa marina de la naciente República. En aquellos tiempos de guerra y de medios difíciles de transporte, el viajar del Atlántico hasta el altiplano andino, era ya una proeza, máxime si se considera que el norte del país aún se encontraba en manos del enemigo. Fue el joven oficial Agustín Codazzi quien se ofreció gustoso para cumplir aquella misión. Estudiados todos los caminos, solamente se le ofrecía una vía relativamente segura en cuanto a interferencias del enemigo, más llena de peligros y dificultades por la agresividad de la naturaleza. Se trataba de entrar al país por el Atrato, remontándolo en buena parte de su curso y luego atravesar las desiertas selvas de la llanura del Pacífico, ascender y bajar las cumbres de las cordilleras Occidental y Central para escalar una vez más la cordillera Oriental. Acordado el plan de viaje, un barco de la Escuadra lo dejó en el Atrato en la desembocadura del Murrí, sitio hasta donde pudo llegar la embarcación; en este lugar tomó una canoa y se aventuró por el gran río en medio de la selva solitaria. Después de largos y fatigosos días, llegó una tarde a la población de Cartago. Venía a pie, deshecho el vestido, desnutrido y extenuado. Por suerte encontró allí a un brillante oficial del ejército libertador, el entonces teniente Tomás Cipriano de Mosquera, quien al conocer la misión del valeroso soldado italiano lo auxilió generosamente y le facilitó la forma de continuar su camino. Mosquera, desde aquella entrevista, quedó gratamente impresionado con el viajero, al oír de sus labios la narración de sus correrías, que no eran, las de un simple soldado que cumple su deber, sino las del científico que va observando la naturaleza con interés, valorando sus posibilidades, estudiando la índole de las gentes con que tropieza y anotando en su cartera todos aquellos detalles que pueden ofrecer algún valor para el país.

Codazzi llegó por fin a Bogotá cuando ya Bolívar había partido de la ciudad en su afán de darle pronta libertad a América. Nada pudo conseguir en firme respecto a su misión, por cuanto el Gobierno, que apenas comenzaba a organizarse en medio de dificultades casi insalvables, no podía comprometerse todavía en empresas de tan gran trascendencia. Rodó entonces por algún tiempo aquí y allá dedicado al comercio y reunido algún dinero, regresó a Italia en 1823.

Codazzi era natural de Lugo en la provincia italiana de Romagna, en donde había nacido en 1793 del matrimonio de Domingo Codazzi y Costanza Bartolini. Era, a más de militar de carrera, ingeniero de la Universidad de Pavía. Después de haber servido por varios años en el Ejército Italiano vino a América en busca de horizontes más propicios a sus ambiciones de militar y matemático y enrolado en la escuadra del Almirante Aury llegó a las costas de Venezuela a luchar por la emancipación de América.

De nuevo en la vida apacible de su rincón natal, aquel espíritu inquieto no podía resignarse al sencillo ambiente burgués de su provincia y andaba informándose sobre todo lo que ocurría en América. Pronto se dio cuenta de que los nuevos países estaban encaminándose por senderos de progreso y volvió a entrar en su ánimo el deseo de regresar al Nuevo Mundo con el anhelo de ofrecer al Gobierno de la Gran Colombia sus vastos conocimientos y experiencia.

Al llegar por segunda vez a Bogotá en 1826, Bolívar lo acogió gustoso y le encomendó la reorganización del cuerpo de Artillería que era el arma de su especialización. Viajó luego a Venezuela, construyó algunas fortificaciones y tomó parte decisiva en importantes acciones de armas que le merecieron el ser inscrito en la Orden de los Libertadores.

Más hasta aquí todas sus actividades habían sido militares. Codazzi, aun cuando orgulloso de los servicios que como soldado prestaba a las fuerzas libertadoras, estaba ansioso de estudiar científicamente el país y de demostrar sus capacidades como geógrafo, geólogo y naturalista. Y la ocasión no se hizo esperar. En 1830 al presentarse la disolución de la Gran Colombia, Páez tomó el mando del Gobierno de Venezuela y fueron de sus primeras disposiciones el que Codazzi ejecutara una geografía general de la nación junto con los mapas de las distintas provincias. Puesto a la obra, realizó este trabajo con admirable competencia gastando nueve años en esta labor, desde 1831. Recogidos todos sus escritos marchó una vez más a Europa con el fin de publicarlos. Fue aquella obra, la que puso de relieve lo que valía aquel valiente soldado. Cuando sus trabajos se conocieron en el Viejo Mundo, le merecieron los más calurosos elogios de los hombres de ciencia. Por ello fue

hecho miembro de las principales Academias geográficas de París, Berlín y Londres y el Rey Luis Felipe lo hizo miembro de la Legión de Honor. Estimulado con tantas demostraciones de admiración y con cartas tan obligantes como las de Humboldt, en una de las cuales le decía:

“...vuestros trabajos geográficos abrazan una inmensa extensión de terreno, ofreciendo al mismo tiempo el detalle más exacto de la medida de las alturas, tan importantes para la distribución de los climas, que harán época en la historia de las ciencias”, resolvió regresar a Venezuela y continuar sus investigaciones. Más la situación política de este país comenzó a presentarse bastante oscura; vinieron las conmociones, persecuciones y luchas intestinas y Codazzi, después de algún tiempo de permanencia, resolvió abandonar el país. Desde tiempo atrás en Bogotá se deseaba la presencia de Codazzi para que emprendiera en Colombia una obra similar a la que había ejecutado en Venezuela y fue así como Manuel Ancizar le escribió una carta invitándolo a que se vinculara a nuestro país. Pero cuando aquella invitación fue hecha, andaba muy atareado en su geografía de Venezuela y no pudo atenderla; más ante la nueva situación, resolvió volver sus ojos a Colombia y se apresuró a escribir a Ancizar narrándole lo que ocurría en aquel país y aceptando la propuesta que años atrás le había hecho, y esta vez resignándose, según sus palabras, a desempeñar un puesto aun cuando fuera de *sobrestante*.

La carta del geógrafo fue recibida en Bogotá con el mayor interés y Manuel Ancizar le respondió sin tardanza:

Bogotá, enero 1º de 1848

“Mi querido amigo:

No me sorprendieron las revelaciones que usted me hace en su carta del 2 de diciembre. Usted se halla *deplacé* en Venezuela y mucho más en Barinas. Si, lo que Dios no permita, los sucesos de Venezuela ocurrieren, Santo Cielo! por allá, determínese usted a pasar nuestras fronteras y puede contar con pan seguro en esta mi patria. Tengo datos para ofrecer a usted, no una plaza de *sobrestante*, como usted dice, sino de Ingeniero Geógrafo con 24.000 reales de sueldo o una plaza superior en nuestro Colegio Militar, con menor sueldo pero con más descanso. Diga usted una palabra y casi le aseguro que le mandaré su nombramiento.

¿Después de esto para qué escribo más? Saludo cordialmente a madama y con cariños a la dinastía y me repito de usted afectísimo y sincero amigo.

MANUEL ANCIZAR

Después de no pocas dificultades en las que Codazzi tuvo que verse separado de su familia y perseguido, llegó a Cúcuta el 13 de enero de 1849 y se dirigió a Bogotá por la tercera vez.

Por aquel entonces ejercía la Presidencia de la República el General Mosquera, quien al ver de nuevo a su viejo amigo, lo recibió con grandes muestras de aprecio y lo puso al tanto de muchos de sus ambiciosos proyec-

tos. Pronto logró interesar al Congreso en la expedición de una Ley que autorizara la gran empresa del estudio científico del país, por una Comisión Corográfica a cuya cabeza estaría el Teniente Coronel de Ingenieros Agustín Codazzi.

Mosquera dejó el poder en abril de 1849 y le sucedió el General Hilario López, igualmente interesado en la obra que se proyectaba. Tan pronto la Ley fue sancionada, celebró con el Coronel el siguiente contrato que muestra la magnitud e interés de aquella obra solo comparable con la famosa Expedición Botánica.

“CONTRATA PARA EL LEVANTAMIENTO DE LA CARTA GEOGRAFICA DE LA NUEVA GRANADA

Por cuanto en el artículo de la Ley del 29 de mayo último se ha ordenado que el Poder Ejecutivo disponga que en el presente año de 1849 se principien los trabajos geográficos de que habla la Ley 5ª, parte 1ª, tratado I de la Recopilación Granadina, aplicando al efecto las tareas del ingeniero e ingenieros que conforme al artículo 14 de la Ley del 2 de mayo de 1845, hayan sido o sean admitidos al servicio de la República;

Por tanto, y estimando conducente a este fin la celebración de contratos especiales, Victoriano de Diego Paredes, Secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores, a nombre y en representación del Gobierno de la Nueva Granada y con previa autorización suya y Agustín Codazzi, teniente Coronel de Ingenieros de la misma República entraron con tal objeto en conferencias, y después de la conveniente deliberación, acordaron los artículos siguientes:

Art. 1º — Agustín Codazzi se compromete a formar una descripción completa de la Nueva Granada y a levantar una carta general de dicha República y un mapa corográfico de cada una de sus provincias, con los correspondientes itinerarios y descripciones particulares, todo, a más tardar, dentro del término de seis años contados desde el día 1º de enero de 1850.

Art. 2º — Tanto la descripción como los mapas de que trata el artículo anterior, tendrá la extensión, claridad y exactitud necesarias para que el país pueda ser estudiado y conocido en todas sus relaciones principalmente en lo tocante a topografía, estadística y riquezas naturales.

Art. 3º — A fin de que estos trabajos comprendan todos los puntos y materias que contribuyan a darles la mayor regularidad y perfección posibles, se ha estipulado además, que Codazzi presentará anualmente en la oficina que el Gobierno designe, los planes de las provincias que haya explorado, en las cuales se determinarán y situarán todas las ciudades, villas, parroquias y vecindarios; los caminos y veredas que conducen de un pueblo a otro; las ventas, haciendas y hatos que puedan señalarse sin causar confusión; los límites de los diversos cantones: las cordilleras, sus principales alturas y ramificaciones, las grandes selvas y su extensión: el curso de los ríos, su navegación y ventajas: los afluentes, quebradas y caños; y en fin, cuantos detalles puedan contener los planos, según la escala que se ha

señalado para formarlos, y que, por regla general, es de una pulgada para cada legua cuadrada, como se demuestra en la siguiente: Escala de 4 leguas a 6.666-1/3 varas.

Art. 4º — Cada una de las cartas providenciales irá acompañada de un itinerario y descripción general de la respectiva provincia de los correspondientes itinerarios y descripciones particulares de los cantones en que ella esté dividida. Tanto los itinerarios providenciales, como los cantonales, deberán contener una relación detallada de los caminos, reducidos a jornada de tropas y a leguas granadinas, con indicación de las horas que se empleen en transitarlos y de los puntos militares que sean propios para la defensa de las provincias y de los cantones; cualidades del terreno e inconvenientes que presente a los transeúntes en el paso de los ríos, quebradas, cerros, bosques y pantanos. Las descripciones de las provincias y de sus cantones serán la explicación detallada de todo lo concerniente a la geografía física y política de la respectiva provincia y de sus cantones, con minuciosa expresión de sus límites, configuración, extensión, ventajas locales, serranías, ríos, etc.; y con inclusión de noticias tan cabales como sea posible adquirirlas, acerca de las producciones naturales y manufacturadas de cada localidad, su población y estadística militar; comercio, ganadería, plantas apreciables, terrenos baldíos y su calidad; animales silvestres, minería, climas, estaciones y demás particularidades que sean dignas de anotarse.

Art. 5º — Luego que se haya terminado la descripción geográfica y estadística y el levantamiento de todas las cartas corográficas, provinciales y cantonales, Codazzi formará y presentará, siempre dentro de los seis años expresados en el artículo 1º la carta general de la República y la descripción completa o sea el resumen geográfico de que habla el mismo artículo quedando bien entendido que estas obras y las demás que ya se han mencionado, así como los ejemplares de todas y cada una de dichas cartas que Codazzi deberá presentar también al Gobierno en la escala más conveniente para gravarlas en forma de Atlas, serán absolutamente semejantes, ya que no superiores a las de igual clase que él ejecutó en Venezuela; y para que no ocurra dificultad ni disputa sobre este punto, Codazzi ha depositado en la Secretaría de Relaciones Exteriores las muestras que constan en el respectivo inventario.

Art. 6º — Cuanto se ha estipulado en esta contrata con referencia al levantamiento de cartas corográficas y a la formación de los itinerarios y descripción geográfica y estadística de las provincias y de sus cantones, se entenderá asimismo respecto de los Territorios y de sus corregimientos.

Art. 7º — Serán de cargo de Codazzi todos los gastos de guías, peones, bagajes, embarcaciones y cualesquiera otros que sean necesarios para sus viajes, residencias y operaciones, pero para hacer frente a tales gastos y remunerarle su trabajo, el Gobierno abonará a Codazzi por todo el tiempo de la duración de este contrato, treinta y tres mil doscientos diez y seis reales (33216 rs.) anuales que se le pagarán con anticipación al principio de cada año.

Art. 8º — El Gobierno proporcionará a Codazzi un ayudante para escribir los mapas, poner en limpio los

cálculos, descripciones, itinerarios, y cumplir los demás encargos que él le encomiende o sean propios de esa comisión.

Art. 9º — El Gobierno franqueará también a Codazzi un sextante, un horizonte artificial, dos barómetros, dos cronómetros, un teodolito, un nivel de anteojo, dos termómetros, una aguja pequeña, un nivel pequeño, y un higrómetro. Si alguno de estos instrumentos se inutilizare con el trabajo, se le repondrá con otro en buen estado de servicio; pero él los devolverá todos inmediatamente que termine sus operaciones.

Art. 10. — El Gobierno pondrá a disposición de Codazzi los censos de población y los demás datos estadísticos que se hayan reunido o en lo sucesivo se reúnan en las Secretarías de Estado, y ordenará a las autoridades locales que le procuren cuantas noticias exija y puedan adquirirse, y que le den toda la protección, auxilios y facilidades que necesite y sean conducentes al mejor desempeño de su comisión.

Art. 11. — Además de lo convenido en el artículo 8º, se ha estipulado que si los créditos que se abran anualmente al Poder Ejecutivo, para dar cumplimiento a este contrato, alcanzaren para asignar una módica pensión y pagar los gastos de alguno o algunos jóvenes granadinos que hayan hecho un curso de filosofía y quieran acompañar y ayudar a Codazzi en calidad de adjuntos, éste quedará obligado a enseñar el uso de los instrumentos y a instruir en las operaciones de su cargo, a los jóvenes que el Gobierno designe al efecto.

Art. 12. — Este contrato y el adicional que le está anexo, se considerarán perfeccionados desde que hayan sido aprobados por el Poder Ejecutivo; pero los gastos que son consiguientes no se computarán sino desde el 1º de enero del año entrante.

En fe de lo cual se extienden y firman por una y otra parte dos ejemplares de este documento, ambos de un mismo tenor y forma, en Bogotá a veinte de diciembre de mil ochocientos cuarenta y nueve.

VICTORIANO DE D. PAREDES — A. CODAZZI

Bogotá, 1º de enero de 1850.

Aprobado. — El Presidente de la República,

HILARIO LOPEZ

VICTORIANO DE D. PAREDES”.

Reunida la poca y dispersa documentación geográfica y cartográfica que pudo obtenerse en aquella época, Codazzi trazó su plan de trabajo. En verdad era muy poco lo que hasta entonces se había realizado como estudio del país; existían mapas parciales, de algún mérito y exactitud, es verdad, como los de la Expedición Fidalgo, que comprendía la Costa Atlántica; los trabajos de los ingenieros Talledo, Arévalo, López, Ulloa, etc., más estos sólo se referían a zonas muy pequeñas que comparadas con los dilatados territorios del país, representaban muy poca cosa. Como mapas generales apenas sí existían las cartas elaboradas en la Colonia que solamente se podían considerar como croquis de rela-

tiva exactitud general. Las cartas de Humboldt, Caldas y el famoso Atlas del historiador Restrepo se presentaban como trabajos muy meritorios y valiosos pero todavía muy distantes de la realidad. Así, todo este material solamente podía servir a Codazzi para valorar la magnitud de la obra que el país le había encomendado.

La organización de la Comisión Corográfica con toda su gente, instrumentos y material estuvo lista a principios de 1850 y entre el personal que la integró se hallaban jóvenes de grandes méritos, deseosos de estudiar e investigar los muchos aspectos interesantes que presentaba el país. Ellos fueron: Manuel Ancízar, nacido en Fontibón y quien acompañó a Codazzi durante los dos primeros años. Sus labores, según reza la Contrata celebrada con el Gobierno en 1850 le obligaban, a más de servir de Secretario del Coronel a redactar una obra "describiendo la expedición geográfica en sus marchas y aventuras, las costumbres, las razas en que se divide la población, los monumentos antiguos y curiosidades naturales y todas las circunstancias dignas de mencionarse." Y bien y a cabalidad que cumplió su cometido este ilustre ciudadano, legando a la posteridad su famosa obra "PEREGRINACION DE ALPHA". Lástima grande que no hubiese podido continuar su labor; más la nación lo necesitaba en desempeños más urgentes y tuvo que viajar a los países del sur como Encargado de Negocios. Fue reemplazado en la comisión por don Santiago Pérez, naturalista eminente, quien colaboró en ella por algún tiempo. Ancízar murió en Bogotá en 1882.

Figura sobresaliente de la Comisión fue el caucano Manuel María Paz, quien trabajó casi todo el tiempo que duraron las labores hasta la muerte de Codazzi, a quien cerró los ojos. Su cargo era el de dibujante y cartógrafo; reemplazó al paisajista inglés Enrique Price a quien los viajes, por tierras malsanas, minaron su salud. Al decir de don José María Vergara y Vergara, su pincel produjo 2.000 láminas de costumbres y paisajes "que él entregó honradamente en la Secretaría de Relaciones Exteriores". Entre ellas los 32 magníficos dibujos de los monumentos agustinianos. Años después de terminada la Comisión, Mosquera contrató con el ingeniero Manuel Ponce de León, que también había sido colaborador de la Comisión, la hechura del Atlas de Colombia, según los mapas parciales de Codazzi y éste llamó nuevamente a Paz para que con su admirable pluma los dibujase. De ahí salió el Atlas Geográfico que se publicó en París en 1889. Paz, después de regentar algunas cátedras en nuestra primera escuela de Bellas Artes, murió en Bogotá en 1902.

Para los estudios de la Flora fue nombrado el más notable botánico granadino don José Jerónimo Triana. Por cerca de siete años acompañó la Comisión estudiando e investigando cuantas plantas pudo recolectar, algo más de 4.000, poniendo en peligro su vida, pues con el deseo de conocer los efectos y propiedades de algunas sustancias vegetales, solía ingerirlas y experimentarlas por sí mismo. Algunos de sus trabajos los publicó en Europa por los años de 1864 y 1867 con el aplauso de los científicos europeos. En Madrid consagró varios años al estudio de la Expedición Botánica, cuyo material se encontraba aún empacado desde cuando los pacificadores lo llevaron a España. Murió en París en 1890.

Con sus conocimientos de ingeniero y dibujante, don Ramón Guerra Azuola, natural de Tocaima, colaboró algún tiempo en la Comisión, ya levantando planos, elaborando descripciones y ayudando a Codazzi en mensuras y cálculos. Murió en Bogotá en 1903.

Como dibujantes paisajistas y costumbristas formaron parte de la Comisión, primeramente el pintor venezolano Carmelo Fernández, quien recorrió durante el año de 1851 las provincias de Tunja, Tundama, Ocaña, Socorro, Soto y Vélez. Fernández había colaborado ya con Codazzi en el Atlas y plano de Venezuela. Sus viajes por Europa perfeccionaron su técnica y se considera como el mejor artista de la Comisión. Se retiró muy pronto siendo reemplazado por el joven inglés Enrique Price. Tocóle a Price recorrer las provincias de Antioquia durante el año de 1852 y fue su especialidad el dibujo de paisajes que hacía con maestría. Las acuarelas que ejecutó fueron algo más de trescientas, según testimonio de don Lázaro María Girón. Enfermedades adquiridas en los viajes lo obligaron a retirarse de estas labores y murió en Brooklin en 1863.

Hoy, en pleno siglo XX., cien años después de realizada aquella expedición, recorrer a Colombia por tierra es aún una árdua empresa. A pesar de su sistema vial, de su facilidades de transporte, de las comodidades que ofrecen sus grandes centros poblados, aventurarse por muchas regiones selváticas y malsanas, recorrer páramos silenciosos y desiertos, atravesar llanuras regadas por caudalosos ríos, trepar cordilleras de altísimas cumbres, requieren fortaleza, valor y ansias de saber poco comunes. Ahora, pensemos lo que sería viajar en aquellos tiempos en que el país carecía de todo; trochas primitivas, más que caminos unían unas poblaciones a otras. Ninguna comodidad ofrecían los centros poblados; rústicas fondas en contados lugares brindaban al viajero escasas comodidades. Los inviernos a veces sorprendidos, hacían impasables los caminos e inútil era pensar en vadear los ríos. Frecuentes eran los casos en que se debía dormir a campo raso en los climas cálidos en donde las enfermedades tropicales siempre están en acecho. Dificultades en los viajes, contrariedades en los transportes, complicaciones en el suministro de víveres y tropiezos en las comunicaciones con la capital, que consistían en cartas o recados encomendados a algún ocasional viajero. Y así se fue reconociendo el país casi palmo a palmo, por aquellos hombres ansiosos de entregarle a la nación una visión exacta de Colombia, de las 36 provincias en que en aquellos tiempos se encontraba dividida.

Seis años era el plazo estipulado para la gigantesca labor, según decía el artículo 1º del contrato; sin embargo, se emplearon diez hasta la muerte de Codazzi ocurrida en plena labor cuando faltaba la parte relativa a la Llanura del Atlántico.

Para cumplir con el contrato, periódicamente llegaban a Bogotá los viajeros para hacer entrega de los trabajos realizados e informar sobre la marcha de la Comisión.

La primera expedición salió de Bogotá en enero de 1850 con dirección N. Recorrió las altiplanicies de Cundinamarca y Boyacá y siguiendo luego el curso del río Suárez penetró en el Carare. Como en la selva enferma-

ron Codazzi y Ancízar, se vieron obligados a regresar a Vélez. Luego continuaron por San Gil, Bucaramanga y Ocaña, cruzaron la cordillera y llegaron a las márgenes del Magdalena en Tamalameque. De allí volvieron a remontar la cordillera y visitaron las regiones de Salazar, Cúcuta y Labateca.

La segunda expedición iniciada en enero de 1851 tuvo como objeto principal explorar el nevado del Cocuy y toda la región aledaña; se estudió la zona de la laguna de Tota, los contrafuertes que la rodean y ya de regreso, las minas de esmeraldas de Muzo.

En enero de 1852 salió de nuevo la expedición en su tercera etapa y recorrió las cumbres nevadas de la cordillera central: Tolima, Santa Isabel, el Ruiz. Siguió luego por Antioquia, estudió el cañón del Cauca, las regiones mineras, visitó el Quidío, atrevesó la cordillera, pasó por Ibagué y regresó a Bogotá.

En 1853 recorrió el río Magdalena desde Honda hasta su desembocadura. De allí por mar pasó al golfo de Urabá y remontó el Atrato estudiando la posibilidad de un canal interoceánico por el Napipí y el Truandó; siguió a Buenaventura y recorrió la costa del Pacífico hasta el Ecuador. Entró por Tumaco, reconoció el valle del Patía y visitó a Pasto, Popayán y el Valle del Cauca.

A fines del año 1853 el Gobierno comisionó a Codazzi para que acompañase a una expedición de las marinas norteamericana, francesa e inglesa que se encontraban interesadas en la apertura del canal interoceánico. Codazzi recorrió nuevamente el Magdalena, entró al Atrato y siguió a Panamá estudiando la región. Es esta labor corrieron el final del año 53 y el año 54.

La sexta etapa comprendió el año de 1855 y la Comisión la dedicó al levantamiento del río Bogotá. Luego recorrió la zona de Pandi y región sur del hoy departamento de Cundinamarca. En este tiempo Codazzi tuvo que alternar estas labores con otras que le encomendara Mosquera, que por aquella época estaba empeñado en el derrocamiento de Melo. Así dedicaba un tiempo a los trabajos geográficos y otros a cumplir con el cargo de Jefe del Estado Mayor. Al lado de Mosquera, su amigo de siempre, luchó por la legitimidad y debido a sus brillantes servicios y a algunas acciones de armas fue ascendido al grado de General de Ingenieros.

En 1856 se realizó la séptima excursión que se dirigió hacia el oriente. Fueron estudiados los Llanos de San Martín, Casanare y Arauca, regresando a Bogotá por Medina y Gachalá.

La octava expedición hecha con la colaboración de don Santiago Pérez se realizó por el Sur del país. Se estudió toda la parte alta del Magdalena hasta sus nacimientos, el valle de Sibundoy, la región de la enigmática civilización agustiniana, el Puracé y se completó la correría con el reconocimiento de los llanos del Huila y del Tolima.

Vino luego una etapa de dificultades, sordas envidias, demora en los pagos de las bien ganadas labores y trabas de toda especie que comenzaron a minar un tanto el entusiasmo incansable de Codazzi, llegando a mani-

festar sus deseos de regresar a Europa en forma definitiva. Apenas si pudo ocuparse en el trazado del camino de Facatativá a Beltrán, ayudado por su inseparable amigo Manuel M. Paz.

A pesar de estos serios contratiempos y a fines de 1858, ansioso de terminar su labor, sin auxilio alguno del Gobierno y acompañado solamente por Paz y su fiel peón de estribo Carrasquel, se dirigió hacia el Norte para estudiar lo que aún faltaba: las regiones del Magdalena, Bolívar y en especial la Sierra Nevada de Santa Marta. Después de recorrer y anotar las muchas ciénagas que forma el río Magdalena en su parte baja, reconoció la cordillera de los Motilones, pasó a Valledupar, comenzó a estudiar las estribaciones de la Sierra y en la aldea de Pueblito¹ le acometió un fuerte ataque de fiebre maligna. Trató de reponerse y continuó el viaje; más no se había alejado mucho del caserío, cuando la enfermedad lo doblegó y en mitad de camino, al atardecer del 7 de febrero de 1859 murió. Manuel M. Paz le dio sepultura en la soledad de aquellos parajes; años más tarde sus restos fueron trasladados a Bogotá y luego a la catedral de Valencia en Venezuela. Hoy reposan en el panteón de Caracas al lado de las cenizas del Libertador.

Hacer hoy el inventario de los trabajos realizados por la Comisión bajo la dirección de Codazzi y tratar de catalogarlos es tarea poco menos que imposible, porque de aquellas "cargas de papeles y láminas" como decía Vergara y Vergara, que eran depositadas en Bogotá al final de cada excursión, es muy poco lo que queda. En el Archivo Nacional se conservan algunos de los cuadernos de descripciones de las provincias, por desgracia mutilados criminalmente. Mas es una incógnita el paradero de la mayoría de los documentos. De los muchísimos y variados dibujos sólo se conocen hoy las 152 láminas que en forma cuidadosa y por demás artística, fueron publicados en las HOJAS DE CULTURA POPULAR COLOMBIANA. Por lo que respecta a los muchos mapas y croquis se sabe que de parte de ellos se formó el Atlas Geográfico dibujado por Manuel M. Paz y que publicaron en París, Manuel Ponce de León y Felipe Pérez en 1889. De la rica y original documentación cartográfica se conocen algunos mapas que se encuentran en poder de diferentes entidades; del resto se ignora su paradero.

El Herbario de Triana constaba de unos 4.000 ejemplares duplicados, de los cuales se perdió una buena parte. Las contiendas civiles de fines del pasado siglo obligaron a los gobiernos a despreocuparse un tanto de los archivos que quedaron en depósitos húmedos y a merced de alimañas, además de que alguna mano inquieta, aprovechando la confusión reinante, contribuyó a la pérdida de mucha documentación. Lo que aún se conserva pertenece hoy al Instituto de Ciencias Naturales y se ha ido incorporando al Herbario Nacional Colombiano a medida que ha sido clasificado.

De los trabajos descriptivos se sabe de un solo volumen publicado en 1856 en la Imprenta del Estado sobre

¹ Este caserío se denominó más tarde Espíritu Santo y hoy lleva el nombre de Codazzi, después de haber sido elevado a la categoría de municipio.

las provincias de Tunja, Tundama, Socorro y Vélez y los bien conocidos trabajos de Ancízar que fueron publicados por primera vez en 1853 bajo el título de "Peregrinación de Alpha" y que han sido reproducidos varias veces.

En 1861, ya muerto Codazzi, el general Mosquera encomendó a don Felipe Pérez redactar o más propiamente, ordenar y publicar en forma acorde con la nueva división política de los Estados, una geografía basada en los apuntes de la Comisión, geografía que fue publicada en 1862 y 1863 en dos volúmenes y también en folletos independientes que correspondían a cada una de las divisiones político administrativas de entonces.

Parte del archivo del General fue cedido por don Rafael Convers Pinzón a la Sociedad Geográfica de Colombia, entidad que lo guarda en su biblioteca.

El Banco de la República con el ánimo, de que al menos en parte, se conozca esta obra ímproba y que ha sido la base de la geografía del país, ha venido publicando los estudios geográficos de la Comisión tal como ellos se conservan en los originales que ha sido posible conseguir y que corresponden tan solo a unas catorce provincias de las treinta estudiadas.

Codazzi no se contentó solamente con la elaboración de la Geografía y la ejecución de numerosos mapas, sino que, al finalizar el estudio de cada provincia, presentaba a su Gobernador un informe detallado del estado en que se encontraba el territorio a su cargo, acompañado de una serie de recomendaciones en relación con la construcción de vías, desarrollo agrícola, mejoramiento de localidades etc. Estos informes son tan preciosos y acertados como sus estudios geográficos y muchos de ellos podrían hoy considerarse como actuales; hay en todos una gran rectitud, sinceridad y patriotismo. Cuando comisionado por el Gobierno acompañó a las marinas norteamericana, francesa e inglesa en el estudio de una mejor zona para la construcción de un canal interoceánico, presentó su informe con una gran visión del problema y con una lealtad sin sombras, que es una muestra valiosa de la manera como trabajaba, como analizaba los problemas y como planteaba las soluciones. La reproducción de este informe es una especie de retrato del incansable explorador, del científico y del patriota.

Bogotá, 22 de enero de 1855

"Sr. Secretario de Gobierno:

Habiendo ya recorrido todos los puntos de la República por los cuales se ha pensado poder hacerse una comunicación Enteroceánica, que son los siguientes: 1º Arrastraderos del San Pablo, para caer al San Juan; 2º Varios arrastraderos para caer al río Baudó; 3º Napiquí para comunicar con la bahía de Cupica; 4º Caledonia para pasar al Golfo de S. Miguel; 5º Colón o Chagres para comunicar con Panamá; y 6º Bahía del Almirante, en la laguna de Chiriquí para atravesar el Golfo Dulce, puedo decir algo al Gobierno sobre el particular, con el único fin de ilustrarlo en lo que verdaderamente se puede hacer y la utilidad que cada uno puede dar a los intereses bien entendidos de la República, según los pocos conocimientos que poseo; pero sí puedo asegurar que no me anima otra cosa en emitir

mi débil opinión, que el vehemente deseo que tengo del bienestar futuro de mi patria adoptiva.

Los arrastraderos 1º y 2º jamás podrán servir para un canal entreoceánico para buques de alto bordo, y solamente para pequeños vapores chatos, después de hacerse enormes gastos para conseguir por medio de compuertas las aguas necesarias para la navegación de los canales que deben atravesar los istmos, cuyas alturas están bien especificadas en el mapa del Chocó; y estos canales servirán solamente para la comunicación local entre los ríos Atrato y San Juan, que por ahora y por muchos años no será necesaria, porque aun cuando aumentare allí el comercio, la agricultura y la minería, no veo la necesidad de esa comunicación, porque los que están sobre el Atrato la tendrían pronto y poco costosa por el mismo río al salir al Golfo de Urabá y de allí a Cartagena y Colón; y los que habitan el San Juan, por sus bocas irían a la Buenaventura y Panamá.

El 3º está en peor caso, porque la parte baja del Atrato tiene pocos alicientes por los grandes anegadizos que encierra y los pocos minerales, pero suponiendo que se quisiese hacer un canal de más de siete leguas, se necesitaría una o dos compuertas, y además un tren de vapores para remolcar los buques desde la bahía de Candelaria, en el golfo de Urabá, hasta la bahía de Cupica, cuyo puerto abrigado es bien pequeño.

El 4º punto tiene en la cordillera una altura semejante en la parte más baja, y necesita una grande excavación por muchas leguas entre estrechos estribos de la serranía, y en el centro se interpone el río Chucunaque, de bastante caudal, pero que tiene que caer precisamente al canal y como atraviesa por selvas incultas, arrastra anualmente tierras y árboles que arranca la corriente de las riberas, y estos obstruirán constantemente el canal. Yo no diré que no se pueda hacer una obra gigantesca, pero sí creo que costaría una enorme suma, y siempre tendríamos la dificultad del Chucunaque.

El 5º punto es aquel que más se presta para la comunicación como lo requiere el comercio, por ser más estrecho el istmo y su mayor elevación de solo 150 pies; pero tiene en su contra que no hay puerto en el Pacífico y es muy costoso hacer allí uno artificial; y en el Atlántico que sería Colón, adolece de dos cosas necesarias: la una de islas al frente para impedir que se forme una barra en la embocadura del canal, y la otra de ser los terrenos en extremo bajos donde está hoy la población, los cuales se inundarían cada seis horas, pues se levantaría en el puerto de Colón la marea de nueve a diez pies; sin embargo, se podría remediar con un tajamar artificial el defecto de islas, pero la población tendría que transportarse al pie de los cerros de la Bahía, donde el fondo del mar no es muy hondo.

Es muy probable que algún día se abra por allí un canal, pero no creo que sea una obra que pueda ver realizada ni esta generación ni la que le sigue, por la razón de que establecida una línea de vapores de Panamá a la Indias Orientales, el ferrocarril, que pronto estará concluído, remedia en la actualidad las necesidades del comercio, y solamente cuando las colonias de la quinta parte del mundo estén con crecidas poblaciones, será que se pensará en abrir el canal que una los dos mares.

El 6º punto es del todo impracticable, pues que además de una extensión de 72 millas que habría que canalizar, hay de por medio la cordillera, de una altura de 1.000 a 2.000 metros, y por lo tanto no se pueden hacer por allí sino caminos carreteros, que no serían de ninguna utilidad pública, existiendo ya el Ferrocarril de Panamá y tampoco lo serían para los habitantes de esa comarca, por la razón que los que viven hacia el Pacífico concurrirían por el mar al mercado de Panamá y los del Atlántico al de Colón.

Expuestas en breve las ventajas y desventajas de cada uno de los seis puntos, me atrevo a someter a la consideración del Gobierno una idea para poder arreglar provechosamente la deuda pública y conseguir un nuevo empréstito para cubrir el déficit que tiene la Hacienda y poder después marchar la Administración con un presupuesto estrictamente arreglado a sus entradas, para no encontrarse en el caso de crear nuevas deudas.

Ya por lo arriba expuesto se conocerá la gran ventaja que tendrá siempre el istmo de Panamá sobre los demás puntos de comunicación de otras Repúblicas, como los de San Juan de Nicaragua y Tehuantepec, los cuales podrán servir para transportar pasajeros a California, pero no podrán competir para trasbordar mercancías a las Indias, que cada día más van a ser interesantes al mundo comercial, y en especial a la Nación Inglesa, por sus ricos minerales de la Australia.

Ahora bien: debemos hacer unas reflexiones concienzudas sobre el estado del país, y persuadirnos que no será posible que en el espacio de sesenta años podamos pagar la deuda que tenemos y sus enormes intereses.

De aquí a sesenta años se nos debe entregar el ferrocarril en buen estado, contados los edificios que haya en él etc., pagando nosotros algunos millones. ¿Y por qué no se haría un negocio con los mismos acreedores entregándoles desde ahora el derecho sobre el ferrocarril, cosa más cierta que cualquiera otra que podríamos darles y tan productiva como sería en aquella época? Y no se diga que esa renta convendría conservarla para nuestros nietos: a esto responderé que no llegarán a disfrutar de ella, porque los americanos se habrán ya apoderado entonces legalmente del istmo con el número de pobladores que tendrían en él, sin que nuestros nietos, débiles para luchar con esa gran potencia, pudiesen impedirlo.

Por el cálculo de hoy se puede presumir aproximadamente lo que daría de aquí a sesenta años, que a mi modo de ver podría producir un millón de pesos anual.

Este contrato tendría el apoyo del Gobierno inglés, que desearía que esa vía estuviese más bien en manos de sus súbditos que de los de los Estados Unidos y además tendríamos otra ventaja, que el istmo no sería amenazado de caer en la anexión americana, porque la Inglaterra abogaría la causa de sus súbditos y mantendría el istmo de la Nueva Granada, al paso que sucedería lo contrario si quedase el negocio como ahora está, es decir, que antes de los sesenta años pertenecería a los Estados Unidos. Grandes concesiones de tierras baldías se pueden dar en el istmo del lado de las lagunas de Chiriquí o bien en otra parte, supuesto que tenemos una inmensidad de baldíos en todas las cuatro provincias, desde Costa Rica hasta el Golfo de Urabá y desde ahora puedo anunciar que casi la mitad de ese territorio pertenece al Estado. Por estas concesiones positivas y productivas, a no dejar duda, se podrían conseguir algunos millones para balancear el déficit de la República. Un buen negociador, con la carta del istmo a la mano, con los datos oficiales de lo que produce hoy el ferrocarril, yo creo que puede arreglar con los acreedores este negocio, que mirado bajo todos los puntos de vista económicos y nacionales, conviene a la Nueva Granada y a los mismos tenedores de vales.

He aquí explanadas en pocas palabras mis ideas, que son el resultado de los trabajos que me ha mandado hacer el Gobierno, sin los cuales la Nación no sabría ni lo que tiene ni lo que le conviene hacer, y se encontraría precisamente en el caso de un rico propietario que posee grandes haciendas sin saber donde están ni para qué sirven.

Con consideración y respeto soy de usted atento servidor,

A. CODAZZI"

La obra de Codazzi ha sido hasta hoy la base de los estudios geográficos de Colombia; sobre ella se redactaron las primeras geografías y se planearon las primeras obras de aliento del país; su mapa general fue hasta hace pocos años la carta guía de nuestro vasto territorio y en ella aprendieron a conocer a Colombia varias generaciones. Ciertamente al comparar hoy esos trabajos, llevados a cabo en circunstancias difíciles, con los nuevos estudios realizados con toda la técnica moderna, aparecen muchos vacíos y posiblemente no pocos errores. Mas en el fondo asombra la exactitud de sus bases, la precisión de los conceptos generales y la visión del científico. Hoy como ayer, esta labor paciente y honrada seguirá siendo guía en el estudio de nuestro suelo y el nombre de Codazzi y de sus compañeros lo pronunciarán con agradecimiento sincero todas las generaciones estudiosas de Colombia.